

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista Semanal*, por D.^a Carolina Sorel.—*Cartas sobre la Educacion*, por D.^a Angela Grassi.—*Poesía*, por D.^a Clotilde Aurora Príncipe.—*Casarse por carambola* (continuacion), por doña Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 833.—*Grabado de Labores*, núm. 54.

REVISTA SEMANAL.



DESDE la gran festividad astronómica que tuvo lugar en la inmensidad del espacio, en la noche del 13 del corriente, con un esplendor sin igual, se han celebrado diferentes saraos en los microscópicos salones de la vieja Europa, desde los de París á los de San Petersburgo, desde los de Londres á los de Madrid; pero todo su brillo ha quedado eclipsado ante el centelleo de las estrellas en tan notable reunion.

Ya los astrónomos, que son los periodistas ó gacettilleros de lo que pasa de tejas arriba, nos habian anunciado anticipadamente tan sorprendente funcion, pero nosotros que no estamos relacionados en tan elevadas regiones, no recibimos esquila de invitacion, y no podemos por consiguiente dar cuenta de sus detalles.

Hemos oido á algunos curiosos que pudieron ver la funcion desde lejos, que la estrella Vénus, noticiosa de la visita de infinitas estrellas errantes que viajaban por recreo, quiso prepararlas una magnífica recepcion en los espaciosos salones de *Acuario*, que como saben nuestras lectoras es la constelacion de Noviembre, haciendo los honores de la *soirée* con el suave y delicado brillo que la distingue cuando se presenta en el Ocaso con el pomposo título de lucero de la tarde.

Como única noticia que puede interesar á nuestras lectoras, se nos ha asegurado que las estrellas viajeras, en su calidad de cometas, ostentaban lar-

gas colas, y se presentaron sin nubes, es decir, sin miriñaque.

El baile duró toda la noche, y despues de servirse sabrosos helados, cuyo aroma llegó á percibirse en la tierra, Mercurio para entretener á los convidados refirió el siguiente apólogo del *Amor y la Muerte*.

Un dia *la Muerte y el Amor*, cuyas flechas estaban ya gastadas por su continuado uso, las llevaron á Vulcano para que las aguzase.

El Dios del fuego las metió en la fragua, las sacó candentes, y á los golpes del martillo las dejó como nuevas; pero había tenido la imprevision de mezclarlas, y no acertando á colocarlas en su carcax respectivo, las distribuyó indistintamente. De esto resultó que en el del Amor puso algunas flechas mortales, y en el de la Muerte algunas amorosas.

De aquí proviene que cuando hieren á los hombres con sus dardos suele suceder un efecto contrario al que se proponen. A veces una doncella inocente muere víctima de este error en la flor de su edad, cuando debia empezar á amar; otras veces un anciano, próximo á morir, siente inflamarse de amor su pecho en sus últimos años.

Como corolario de la funcion sidérea, dice un astrólogo, que es tanto el fuego que se gastó en el consabido centelleo, que sentiremos estremadamente su escasez en los últimos dias del año, y el frio será horroroso.

Lamentable es este pronóstico, hoy que nuestros

sombreros, tan graciosos, tan lindos, y que tanto nos embellecen, no sirven por su pequeñez á preservarnos de los rigores de una temperatura glacial. Dicen que el deseo de parecer bien basta para que una coqueta no sienta nunca el frio; pero ni todas las mujeres son coquetas ni hay coquetería que resista á las injurias del frio y de la nieve. El buen juicio aconseja á las señoras elegantes añadir á sus Lamballes ó Catalanas anchas bridas de terciopelo, orillándolos de encajes y de perlas, que contorneen el rostro. Si no es Moda llevar bridas en los sombreros, menos debe serlo coger una pulmonía, ó cuando menos una fluccion de muelas ó de oídos, un reuma al cuello, ú otras dolencias que no tienen nada de poético ni de agradable. La Moda es complaciente, y bien dirigida sabe acomodarse á todas las circunstancias.

Felizmente podemos ofrecer á nuestras lectoras algo en este género en dos trajes que vamos á reseñar (*Figurin, núm. 833.*)

El primero lleva un sombrero de terciopelo negro, bordado de perlas blancas, y orillado de un encaje perlado que nace de un vivo de grós blanco. Una barba de encaje negro, bordada de perlas blancas, llamada á la *eselava*, baja rodeando la mejilla á reunirse en el cuello con su compañera.

El vestido es de tafetan negro, guarnecido de cintas negras y blancas, puestas lisas, y que figuran el escote, las hombreras, el bajo de la manga, y simulan sobre la falda una casaca *peplum*, con grandes lazos á los costados. El cinturón es también de tafetan negro y blanco con una escarapela al costado. El talle es redondo, la manga lisa y la falda cortada al biés y sin pliegues.

El segundo traje es de terciopelo azul epinglé.

La falda es lisa. El paletot, al estilo de Luis XIII, va cortado recto, y orillado de un vivo de grós blanco, con botones de nacar. Un encaje de Flandes, puesto en un junquillo de grós blanco, simula un segundo paletot, y da vuelta en la parte inferior, mas ancho en ésta que en la de arriba. La manga es doble: la una lisa lleva un puño de encaje; la otra abierta, forrada de tafetan blanco y adornada de botones de nacar y de encaje, cae como quince centímetros mas baja que el delantero.

El sombrero que corresponde á este traje, es de terciopelo azul, orillado de un junquillo de terciopelo epinglé blanco, con gruesas perlas blancas á uno y otro lado. Le sirve de bridas un echarpe de tul blanco con ribete de terciopelo, que se anuda debajo de la barba, sujetándolo con una flor de terciopelo azul, y flotando al aire sus puntas.

Citaremos también como de la estación un traje para niña de ocho á nueve años. Se compone de un paletot-saco, de paño de damas blanco con vueltas, bieses que le contornean y botones de terciopelo grana. En la falda, que es de la misma tela, los paños están cortados al biés, forman pico, y van guarnecidos de terciopelo grana. Un volante, también de paño blanco, que sale por debajo de la falda, á la que va cosido, hace el efecto de saya, de las llamadas *Fastanelle*. Completa el traje un sombrero tricorno de fieltro blanco con vuelta de terciopelo grana, camiseta de muselina, cerrada hasta el cuello, y botas encarnadas.

Principiamos esta Revista hablando del firmamento, y la terminamos á los pies de una niña: los extremos se tocan. Bien es verdad, que hablar de las niñas es hablar de los cielos.

GAROLINA SOREL.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

IX.

Hace algun tiempo residia yo en un pueblecillo de la hermosa Cataluña. Un día nos levantamos con el alba, y salimos á pasear por sus campos amenos, por sus bosques siempre frondosos y lozanos.

Era tan apacible la mañana, tan claro y trasparente el cielo, tan perfumada la brisa, que anduvimos mucho tiempo, deteniéndonos á veces para coger las flores, cargadas

de rocío, sentándonos otras al borde de las fuenteillas, para oír los conciertos de las aves.

Pasáronse de este modo las horas con una velocidad increíble, y cuando quisimos volver al pueblo ya no reconocimos la senda que habíamos recorrido. Perdidos y asustados, nos dimos prisa en llegar á una casita que se descubría en el fondo de un valle.

Allí, sentada al sol, vimos con sorpresa á una anciana que estaba haciendo encajes, moviendo con estremada ligereza los palillos, y mudando los alfileres con tanta precipitación, que mas bien que verlo adivinábamos que lo hacía.

Estaba rodeada de cuatro ó cinco niños pequeñuelos.

Nos rogó que nos sentásemos á descansar, nos ofreció al-

gunas frutas, y acabó por contarnos que aquellos niños eran nietecillos suyos, huérfanos de padre y madre, á quienes ella mantenía y educaba con el producto de su industria, que vendía muy bien en la ciudad. Hablando así, nos enseñó algunos de sus trabajos, que son en efecto de una finura admirable, y parece imposible que manos tan groseras como aquellas puedan producir una obra tan delicada.

No obstante, así es la verdad, y al considerar esos bellísimos encajes que se venden á un precio fabuloso, apenas se concibe que su elaboración esté casi exclusivamente confiada á las toscas obreras de los campos, y mucho mas cuando para hacerlos no tan solo se emplean el lino, el algodón, la lana, sino tambien la seda, y algunas veces el hilo de plata y oro mezclado con la seda.

De todas las manufacturas, esta es la única que las máquinas modernas no han podido arrebatár á la mujer: merced á ella, las aldeanas utilizan el tiempo que les dejan libre los trabajos del campo y sus domésticos quehaceres, y en ella encuentran provechosa ocupación las manos débiles de las ancianas y las niñas.

Pero ¿quién fué el inventor de este maravilloso tejido, ¿en qué país? en qué época empezó á ejercer su industria? ¡Nadie lo sabe!

Sin embargo, se cree que haya sido importado de Oriente en tiempo de las Cruzadas, generalizándose, primero en España, y luego en Italia.

Así, pues, nuestra Cataluña, Génova y Venecia, obtuvieron durante largo tiempo el monopolio de una industria, que era un manantial perenne de riqueza.

De estos dos países pasó á Francia, en donde el gran Colbert, Ministro de Luis XIV la entronizó, llamando á París á treinta operarias de las mas famosas de Venecia, que establecieron una fábrica y se dedicaron á la enseñanza.

Gracias á la protección del Ministro, á la admirable belleza del producto, y á la afición á novedades que tienen los franceses, los encajes obtuvieron allí un éxito asombroso, tanto, que no solamente los usaban las mujeres, sino que tambien los hombres se engalanaban con ellos, empleándolos hasta para guarnecer sus botas.

Bajo los reinados de Luis XV y Luis XVI siguieron gozando de igual boga, y aunque la República los proscribió, como distintivo de nobleza, en 1830 volvieron á adquirir toda su importancia primitiva.

Los encajes y blondas toman su nombre de las ciudades en donde se fabrican, y es preciso confesar que Bruselas, Valenciennes, Alençon, Malines y Chantilly, han superado á sus antiguas maestras, Venecia, Génova y Cataluña.

Solamente en Francia se cuentan mas de 60,000 obreras, y aun no os parecería excesivo este número, mis queridas niñas, si supierais la prodigiosa serie de manos porque ha de pasar cada uno de esos encajes, que acaso mireis con indiferencia antes de llegar á las vuestras.

Uno inventa el dibujo, otro lo calca sobre un papel muy delgado, otro lo pone de manifiesto, picándolo sobre un pergamino. Llega el pergamino á las obreras, y la primera rodea con un hilo todos los contornos del dibujo, la segunda hace la trama, y así va pasando sucesivamente de una en otra, hasta que la preciosa labor queda concluida.

No hay por lo tanto ninguna manufactura cuya fabricación reporte tantas utilidades como esta; pues estrivando todo su valor en la mano de obra, ocupa un gran número de personas, y proporciona un modesto bienestar á innumerables familias sin originar muchos dispendios.

Por ejemplo, en un vestido de encaje, que suele costar 24,000 rs., apenas se emplean 240 rs. de hilo, siendo el producto casi líquido.

Así es, que hay muchas ciudades, cuya prosperidad industrial estriba en su comercio de encajes, como sucede en Nancy, que debe el establecimiento de tan pingüe industria á una mujer generosa: Hé aquí su historia.

Magdalena Didion contaba apenas quince años, cuando inesperados contratiempos destruyeron repentinamente su fortuna. Su padre era comerciante, un navío que tenía en la mar fué á pique cargado de mercancías, y como las desdichas suelen venir siempre juntas, se halló envuelto en la bancarrota de uno de sus compañeros.

Quedó arruinado.

El día antes de la catástrofe, Magdalena se paseaba en coche, cubierta de lujosas galas, y recibiendo los corteses saludos de todas las personas notables de Nancy; al día siguiente, embargado cuanto poseían por los implacables acreedores, se halló en una buhardilla miserable, velando á la cabecera de su madre enferma, procurando calmar á un hermano suyo, de imaginación fogosa, que se había vuelto loco con tan repentina desventura, y tratando de infundir alientos á su padre, anciano y casi paralítico.

Magdalena no desmayó: se hallaba dotada de aquella heroica energía que prestan al alma una fé profunda en Dios y una abnegación sin límites.

Dejó los queridos seres al cuidado de una vecina, y salió á la calle.

Era la primera vez que salía sola y á pié. ¡Ay, dónde estaban los respetuosos criados de la víspera! ¿qué se habían hecho los oficiosos amigos que el día antes se hubieran precipitado á ofrecerle el apoyo de su brazo?

Magdalena alzó los ojos al cielo, y comprimió un suspiro.

Llegó al almacén de encajes y bordados, de donde solían surtirle su madre y ella en tiempos mas felices, y pidió trabajo.

Allí, como en todas partes, tocó la triste influencia de su cambio de fortuna, pero obtuvo lo que pedía, y volvió á su casa consolada.

Activa, inteligente y laboriosa, pasó once años en este almacén, subviniendo no tan solo á las necesidades de su familia, sino economizando para formarse un pequeño dote.

Magdalena amaba y era amada: un joven dibujante, tan pobre y virtuoso como ella, la había elegido para compañera de su vida; pero él tenía que atender á la subsistencia de dos hermanitas menores, y Magdalena no podía abandonar á sus viejos padres y á su hermano loco.

Ambos amantes esperaban resignados á que brillase un rayo de sol en su nebuloso cielo, y cuando creían verle aparecer, el dibujante murió, víctima tal vez de su excesivo trabajo, legando á Magdalena sus hermanitas huérfanas.

La joven aceptó el legado; pero ya no le bastó entonces el producto de su trabajo.

Con aquel valor que jamás la abandonaba, vendió cuanto poseía, y uniendo su importe al dote, llegó á reunir 800 francos, con los cuales pudo abrir un establecimiento de encajes y bordados.

Apenas fundada la casa comercial de Magdalena, adquirió una importancia inmensa. París, New-York, San Petersburgo y Viena se disputaron sus productos.

Diez mil mujeres que carecían antes de pan, hallaron una ocupación lucrativa en las fábricas creadas en los alrededores de Nancy por la inteligente Magdalena.

Al cabo de pocos años, ésta después de haber labrado un bienestar á tantas mujeres pobres, se halló con un capital de 300,000 francos.

Pero ¡ay! que aquella alma generosa solo hallaba su fuerza en la abnegación: las hermanas de su amante se habían casado ventajosamente; los individuos valetudinarios de su familia se habían ido muriendo uno á uno.

Magdalena sintió desfallecer su valor al hallarse sola en el mundo, y quiso retirarse de los negocios, pero la sorprendió la muerte.

¡La sorprendió la muerte en la flor de su edad, porque

ya había llegado la hora de que fuese á recibir en el cielo el premio de sus virtudes!

Presintiendo quizás este supremo instante, Magdalena había hecho testamento: Magdalena había querido que su beneficencia se extendiese mucho mas allá de su sepulcro. Hé aquí una parte de este testamento.

«Instituyo á la ciudad de Nancy por mi legatoria universal. Como debo mi fortuna al comercio, y deseo que se perpetúe en ella mi provechosa industria, quiero que cada cinco años se elija un niño y una niña, hijos de padres que hayan experimentado algun revés de fortuna, y que sean enviados á Lyon y á París; él para estudiar el dibujo, y ella para ejercitarse en toda clase de encajes y bordados.

Cuando su educación esté terminada, es mi espresa voluntad que ambos vengán á Nancy á establecer su comercio.»

Este testamento se cumple en todas sus partes, la industria prospera, y no pasa día sin que millares de corazones bendigan el nombre de su bienhechora, la heroica Magdalena!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

A mi bella y simpática amiga

la señorita

D.^a ESPERANZA ANDRIANI.

Oye, Esperanza, mi acento,
Que te diré con franqueza,
Que eres singular portento
De virtudes y talento,
De hermosura y gentileza.

Te diré que al ver tus ojos
Mil galantes amadores,
Son de tus triunfos despojos,
Cayendo á tus piés de hinojos
Por merecer tus favores.

Que la azucena del prado
En soledad y amargura
Gime, porque la has robado
La purísima blancaura
Que á tantos ha cautivado.

Tu boca, linda y graciosa,
Nieve entre carmín ofrece,
Y en tus mejillas la rosa,
Viéndose menos hermosa,
De envidia y celos perece.

Suspende el ave su canto
Oyendo tu voz preciada,
Y la dice su quebranto,
Que tienes tú mas encanto
Que ella en su verde enramada.

¡Condenados á no verte
Cuántos odiarán la vida,
Y llamarán á la muerte,
Llorando su triste suerte
Y su esperanza perdida!

Esperanza, dulce nombre
Que agita la mente inquieta;
Esperanza (no te asombre),
Es el deseo del hombre,
Es la ambición del poeta.

Faro que guía el destino
De todo aquel que le implora,
Luz cuyo esplendor divino
Puso Dios en el camino
Del que sin consuelo llora.

Sean tus ojos el faro
Que me dé su luz suave;
Dáme protección y amparo,
Dáme tu destello claro
Cuando pelagra mi nave.

Más perdona mi canción,
Que acaso á enojarte empieza,
Y vé que mis versos son
Latidos del corazón,
No ideas de la cabeza.

Ya mi perdon he implorado,
En tí miro mi bonanza,
No me demuestres enfado,
Pues no en valde en tí he mirado
El Angel de la Esperanza.

CLOTILDE AURORA PRINCIPE.

CASARSE POR CARAMBOLA.

(Continuacion.)

Azucena se hallaba en aquel momento muy ocupada en recoger los cuartos que llovían en la grasienta monterilla del cojuelo; pero ni tan interesante ocupacion la distrajo lo bastante para que dejara de percibir aquella voz, que la hizo levantar los ojos hacia la ventana del piso principal de la taberna de Chinchilla, ventana que habia mirado muchas veces, y que no sin pesadumbre habia notado que se hallaba desierta. En aquel momento la ocupaban dos galanes, á cuya vista cubrióse de palidez el semblante de la hermosa y agitada bailarina; pero sus ojos despidieron rayos de alegría y esperanza. Uno de los galanes saludóla inclinando ligeramente la cabeza, y el otro alargó el brazo gritando:—Ahí va eso, morena, y salud para bailar cien años, dijo, y un doblon fué á relumbrar entre los cuartos que llenaban la montera. Ni el dador ni su compañero aguardaron á que la gitana les diese las gracias, metiéronse dentro, y cerraron de golpe la ventana.

Aquel golpe fué á resonar en el corazón de Azucena, sus ojos se llenaron de lágrimas, quedóse un momento pensativa, despues una idea cruzó por su mente, ocultó la moneda, mas no por codicia, lo que codiciaba era ver á don Enrique, y un magnifico pretesto se la vino á las mientes.

—Toma, padre, dijo, entregando al gitano viejo el producto de la cuestacion: guarda eso, y espérame aquí, que al instante vuelvo; y sin mas ni mas entróse de rondon en la taberna, y dirigióse á la escalera del piso principal.

—Señores, dijo, presentándose de improviso ante sus dos conocidos. Vds. se han equivocado, y su generosidad ha ido mas lejos de lo que pensaban. Sin duda por tirarme un cuarto, me han tirado este doblon, que vengo á restituirles.

—Santo Dios! exclamó Fernando en el colmo de la sorpresa. Una gitana concienzuda es cosa que no creí ver en el mundo! Chica, la que se ha equivocado eres tú, guarda esa moneda, y toma esa otra en justa recompensa de tu honradez.

Al oír aquello, quedóse la gitana como quien vé visiones. —Gracias, dijo, poniéndose mas encendida que una grana, pero este rumbo me pasma. ¿Os habeis hecho ricos en tan pocos dias? Cáspita! volvió á decir, mirando á los baules y maletas que se hallaban esparcidas por el cuarto. Mucho equipaje es ese para dos personas que viajan á pié!

—Ya no viajamos á pié, morena, repuso Fernando, en cuyo semblante rebosaba el gozo, ya tenemos un buen par de caballos y una mula que cargue con el equipaje. Los tiempos han cambiado mucho, y tus vaticinios comienzan á

cumplirse. D. Enrique se halla en buen camino para llegar á ser Duque.

—¿Qué decia yo? repuso la gitana entre alegre y confusa.

—¡Mira, mira, qué uniforme tan vistoso! siguió diciendo el artista, señalando á una casaca muy llena de alamares y botones de plata. Ese uniforme y esa espada pertenecen al capitán D. Enrique.

Aquí, sobre la mesa, está su nombramiento y la orden para que se dirija inmediatamente á la plaza de Murviedro, donde se halla su regimiento de guarnicion. Acompañando al nombramiento venian dos letras, que se han cobrado á la vista, en la tesorería de Palacio.

¡Bien decias tú!... D. Enrique hará fortuna en la carrera de las armas; dentro de poco le veremos general, ministro, virey, qué se yo? Lo cierto es que profetizaste como tu abuelo Salomon.

—¡Murviedro! repitió la gitana por lo bajo, sin apartar sus miradas del Conde, que sin hacerla caso, pasaba las suyas, ora fijándolas en un ramo de jazmines, casi del todo marchitos, ora en un retrato, á medio hacer, que resaltaba en el lienzo estendido en el caballete.

Miró la gitana el retrato, y un celoso presentimiento la obligó á exclamar:—Vaya unos pelos! ¿gasta esa señora peluca de estopa?

—¿Qué te atreves á decir? ¡Estopa esos cabellos rubios y hermosos como los de un ángel!... exclamó el artista con calorosa indignacion.

—Eso va en gustos, repuso la gitana con desprecio: yo los encuentro feísimos.

El Conde lanzóla una mirada tan esquiva, que Azucena se puso pálida de rabia, y exclamó, finjiendo un tono de síbila burlona.

—No se fie Vd. de las rubias, señor capitán.

Una rubia le hará traicion. Soy yo quien se lo dice.

—No estoy de humor para escuchar la buena ventura, repuso el Conde con desden, abajo encontrarás tontos que quieran oír tus predicciones.

—Ya me voy, respondió la gitana, herida en lo mas vivo del corazón: puede que algun dia le pese á Vd. no haberlas escuchado.

—Adios, hermosa entre las hermosas! dijo el pintor al verla dirigirse hacia la puerta. Nunca te olvidaré, prometo hacer tu retrato, y á fé mia, que será una hermosa cabeza de bacante.

—¿Os vais pronto á Murviedro? preguntóle Azucena en voz baja.

—Sí, querida; mañana saldremos de aquí, si Dios quiere.

—Dios vaya con Vd., caballero.

La enamorada jóven salió del cuarto. El Conde no reparó en la triste y apasionada expresion de aquellos ojos, que se volvieron á mirarle por vez postrera. Fernando quitó el lienzo del caballete, y dijo:

—Basta de contemplacion, señor Conde, es necesario empaquetar este lienzo.

—Ay, Fernando, esa mujer me ha vuelto loco, loco de amor!

—El mal no es de peligro, esta noble dama os tiende la mano para que os eleveis hasta ella.

—No lo conseguiré, Fernando. Oh! daría la mitad de mi vida por saber cómo se llama, por ir á postrarme á sus piés, y darla gracias por el bien que la debo.

—Día llegará en que se de á conocer; entre tanto vámonos á Murviedro.

—Sabes, Fernando, que abrigo una sospecha que me devora! ¿Si será casada?

—Qué disparate, si es tan niña!

—No importa, encuentro en ella un no sé qué de arrogante; su aire de grandeza, su tono decisivo, su mirada tranquila y dominadora solo pertenece á la mujer acostumbrada á vivir en el gran mundo. Una doncellita no me hubiera hablado como ella.

—Sin embargo, no está casada.

—Pero, ¿en qué te fundas, para que así lo afirmes con tanta seguridad?

—Me fundo en mi propia observacion; mientras os hablaba, se quitó el guante de la mano izquierda, vi su mano blanca, pequeña y torneada, y no lucia entre sus dedos el anillo de los desposorios.

—¿Estás seguro? Pero ¿y aquel vestido negro, y aquel peinado tan sencillo?

—¿Habeis olvidado ya que la córte se halla de luto?

—¡Oh, partir, Dios mio! ¡partir sin verla! Porque no espero encontrarla mañana en el sitio donde se me apareció, como un ángel enviado por Dios para que me socorriera... No importa, iré.

—Es una peregrinacion que os dejaré hacer solo.

—Al amanecer estará ensillado el potro, partid, y yo iré á reunirme con vos en la posada de Rojas; os esperaré á la la caída de la tarde.

Al aparecer el sol el siguiente dia, el Conde galopaba por el camino del Escorial, sintiendo una profunda conmocion á vista de aquellos sitios, que dias antes habia recorrido á pié, mal vestido, y con tan débil esperanza de mejorar de suerte. Miró de lejos la fachada del convento, examinó los terrados, las innumerables ventanas, y en vano buscó en ellas una cabeza rubia, un vestido negro: solo vió desfilas por una de las galerías un piquete de guardias wálonas.

Llegó el Conde al pié de la reja del pabellon, y hallóla cerrada; sentóse allí, permaneció en muda contemplacion, y luchando con el temor y la esperanza. El sol ocultó sus rayos en el Occidente, y D. Enrique, bien á pesar suyo, decidióse á partir, pero antes arrodillóse al pié de la reja, y exclamó:

—¡Adios, noble y venerada protectora! ¡Adios ángel de mi vida! parto llevando en mi alma tu imágen adorada.

Nada juzgo imposible desde que te dignaste fijar en mí tus ojos y sonreirme. Adios! Voy adonde tú me mandas ir, en busca de la fortuna, de la gloria, y quizá de la muerte.

II.

Dejamos al Conde dispuesto á partir en busca de la gloria, de la fortuna, y acaso de la muerte: ninguna de las tres le aguardaba en Murviedro. Terminada la guerra de sucesion, se hallaba el ejército diseminado por las fronteras, ó guarneciendo las plazas fuertes. El regimiento que acuar-

laba en Murviedro, no era el que menos se aburría. Entonces, como ahora, disfrutaba el pais del mas delicioso clima del mundo. El naranjo y el limonero florecian en sus huertas y jardines, y las murallas de la ciudad levantada sobre las ruinas de Sagunto, hallábanse sombreadas por magnífico arbolado; las flores crecian entre sus grietas. Pero las continuas luchas de partido habian arruinado las grandes y las pagueñas fortunas: la nobleza, y hasta la clase media, eran adictas á la casa de Austria, por lo cual sus puertas no se abrian á los partidarios, y menos á los defensores del trono de Felipe V: la oficialidad no sabia en qué pasar el tiempo.

El Conde, lleno de ardor, aplicóse al estudio de la estrategia, de la táctica y la ordenanza; soñaba con asaltos, fortificaciones y batallas. Mas como todo se redujo á teorías, cansóse muy en breve de sus estudios, y de los minuciosos deberes que su grado le imponia. Veíase por subordinacion obligado á cumplir otros que no señalaba la ordenanza, y que no eran los que menos trabajaban su paciencia, de modo que á no tener consigo á Fernando, aunque libre ya de pobreza, se hubiera muerto de fastidio.

El Conde aseguraba muy formal que seguia enamorado, pero el amor es como el fuego, necesita de pábulo, y el suyo no le hallaba; pasaban los dias, las semanas y los meses sin que un rayo de luz aclarara el misterio de su aventura, y poco á poco se fueron entiviando sus recuerdos y esperanzas.

Una tarde paseaba con su amigo por las afueras de la ciudad, sobrevinoles la noche, pero aunque se hallaban en las mas rigorosas del invierno, el frio no les molestaba. En aquel delicioso clima, el invierno es una fresca y lozana primavera.

El paseo habia sido largo, y para descansar sentáronse sobre las derruidas gradas del anfiteatro Saguntino, que como el de Itálica, se hallaba despedazado y cubierto de amarillo jaramayo.

Los dos amigos contemplaban en silencio aquellas ruinas venerandas, nobles vestigios de otra época y otra civilizacion.

—Me parece que ya es hora de ir á la tertulia del Excelentísimo Sr. D. Francisco de Tejeiro, dijo Fernando interrumpiendo el curso de los pensamientos que distraian al Conde.

—Tanta prisa tienes para ir á encerrarte en aquel estrecho gabinete? repuso el otro bostezando, efecto que le producía el recuerdo de la dichosa tertulia.

—Prisa yo? ninguna! pero la subordinacion, el respeto debido al Gobernador. ¿Habeis olvidado que hoy nos toca el turno de hacerle la partida de mediator?

—Olvidar semejante suplicio! No es cosa fácil! repuso el amostazado capitán. ¿Quién habrá inventado ese maldito juego?

—Y si á lo menos tuviéramos por contertulias mujeres bonitas, enhorabuena! exclamó el pintor; pero qué mujeres, Dios mio! qué mujeres tan feas y desabridas! Y si son las muchachas del pueblo nos ponen una cara de pocos amigos! No; bien supo lo que se hizo nuestra hermosa desconocida cuando resolvió que viniérais á Murviedro! No hay aquí peligro de que la dejes por otra! Estas militares son viejas ó feas como el coco, y las paisanas tan intratables como lindas.

—Ay, Fernando! yo no la olvidaría por ninguna, pero ella se ha olvidado de mí. Ni siquiera se habrá vuelto á acordar de su protegido! Que loco fui. Que loco al confundir su lástima con otro sentimiento que acaso la inspira un hombre mas rico, mas condecorado, y sobre todo mas feliz que yo! ¡Pobre oficial de fortuna!

—Pero sobradamente galán, y harto ilustre para que llameis locura una esperanza que yo conservo todavía, y mas cuando recuerdo la predicción de la hermosa gitana.

—Paparruchas! También me pronosticó gran fortuna en la carrera de las armas, y no veo probabilidad de salir de capitán en muchos años. Ah, lo que yo ambicionaba era una vida feliz, gloriosa, breve quizá!

—Vuestra protectora os la desea muy larga, muy pacífica y exenta de peligros, por eso ha discurrido mandaros á este pueblo.

—A este destierro, di, para que muera lejos de su vista,

ignorando su nombre. Ay, amigo! confiesa que me trata con excesiva crueldad.

—Vamos! Vamos! lo mejor será olvidarla, ya que su recuerdo es un dogal que os atormenta. Desde mañana echaré la llave al cuarto del retrato.

—Qué oigo! las siete ya! exclamó el Conde avisado por la metálica voz de una campana. ¡Cómo se pasa el tiempo!

—¿Quién pudiera decir otro tanto al salir de la tertulia? repuso el pintor, abandonando el asiento. Allí, las horas se me hacen siglos! y despues me llevo la noche soñando con espectros y fantasmas... Pero ¡diantre! Qué resplandor es aquel? preguntó estendiendo el índice hácia el derruido templo de Baco, cuyos escombros aparecian iluminados por rojizos vapores.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

No ha suministrado la última semana muchos datos artísticos para dar á la presente revista el interés deseado. Ninguna obra de importancia se ha estrenado en ella, habiéndose limitado los teatros á reproducir obras más ó menos acreditadas del repertorio, ya generalmente conocidas. Semejante circunstancia privará de alicientes á nuestra reseña cuando dirijamos á todos ellos una rápida mirada. En cambio podremos citar los nombres de diversas producciones que en la actualidad se preparan como próximas á aparecer ante el tribunal del público. Veamos una y otra cosa.

El PRÍNCIPE, que de algun tiempo á esta parte da señales de vida y animación, suspendió á la octava representación las de la última comedia del Sr. Larra, *El bien perdido*, la cual si escasa fortuna ha alcanzado en las tablas, no mayor la ha obtenido respecto de la crítica de la prensa que la trata con severidad. Tras de esta función se ha ejecutado *El Zapatero y el Rey* (segunda parte) del Sr. Zorrilla. Tan familiar es este vigoroso drama para los amantes del teatro contemporáneo español, que nada sobre él tenemos que decir. Únicamente debemos consignar que en su desempeño hubo buena y mala fortuna, si bien se dejó conocer en general el noble deseo del acierto.

Á esta producción ha de seguir otra de género análogo, á saber, *La Vaquera de la Finojosa* del Sr. Eguilaz, producción que es entre las de su autor una de las que mayor número de representaciones ha conseguido, sino en la corte en todos los principales coliseos de provincia. Ocasión tendrán con ella ciertos y determinados actores de lucir sus especiales facultades, y sobre todo la señora Dardalla que siempre ha conquistado calorosos aplausos en donde quiera que ha ejecutado el papel de su protagonista.

Acabadas que sean las representaciones de *La Vaquera de la Finojosa*, estrenarse una comedia ó proverbio en tres actos, titulado *El que siembra vientos...* sobre el cual

se halla fija la atención del público en atención á haberse dicho que su autor guarda el mas riguroso incógnito. Esto no obstante, periódico ha habido que la atribuyese al señor Ortiz de Pinedo si mal no hemos leído.

Para despues de todo esto se dispone otra nueva comedia de grandes esperanzas, denominada *Quiero y no puedo*. No revelaríamos por nuestra parte el nombre de su autor si ya no fuese generalmente conocido por haberlo publicado casi todos los diarios de Madrid. Dicha comedia ha sido compuesta por el escritor dramático D. Luis de Eguilaz.

En el teatro de la ZARZUELA, que tambien ha echado mano de acreditadas producciones de su repertorio para dar lugar al estudio de otras nuevas que dispone el celo de su empresa y de su director, se ha puesto en escena la última comedia del Sr. Rubi, *La Familia* obra á que aludimos, que alcanzó el año pasado en el Circo una lisonjera acogida, la ha merecido nuevamente ahora en el coliseo de la calle de Jovellanos, en lo cual no ha tenido escasa parte su esmerada representación.

Un proverbio, escrito espresamente para las distinguidas primeras actrices D.^a Matilde Díez y D.^a Teodora Lamadrid, debe estrenarse dentro de poco, terminadas que sean las representaciones de la comedia antes citada, y del drama de los Sres. Hurtado y Arce, *Herir en la sombra*. Dicho proverbio es obra de autor anónimo, si no estamos mal informados, debiendo ejecutarlo las expresadas actrices y el Sr. D. Manuel Catalina, segun tenemos entendido. Deseámosle buena fortuna.

Tambien se disponen otras nuevas composiciones en el teatro de que hablamos, pero no podemos consignar sus nombres por no sernos al presente conocidos.

Ya decíamos en la reseña precedente que en NOVEDADES se habia verificado una función dedicada peculiarmente en honor de nuestros esforzados marinos que en las aguas del Pacífico han sostenido con honra el brillo del pabellón his-

pano. Ahora añadiremos que la comedia compuesta al efecto por D. Antonio Mendoza, titulada *Vencer por mar y por tierra*, fué recibida con aprecio y aun con aplauso. Como expresion de nobles intentos no podia menos de ser simpática al público: como composicion dramática hubiera podido pedirsele mas, pero se la juzgó benignamente por la discrecion que en ella preside.—El juguete que la siguió, *Cazar y pescar*, original de D. Elías Aguirre, no pasa de ser una obra ligera que entretuvo al auditorio.

En la noche del miércoles último se estrenó en el propio teatro de NOVEDADES una produccion nueva en tres actos, en prosa, llamada *Creer y dudar*, dirigida por el primer actor cómico D. Mariano Fernandez.—En el número próximo del CORREO daremos cuenta de su éxito y condiciones, si aquel y éstas lo hicieren necesario.

El coliseo de que estamos tratando es el que anuncia mayor número de obras nuevas, más ó menos próximas á estrenarse. Recordamos los siguientes títulos: *Las dos Madres*, *Los chambergos blancos*, *Roncar sin dormir* (de no muy delicado gusto), *El laurel y la oliva*, *Un secreto de Estado*, y *La sombra de Torquemada*. Si la calidad corresponde á la cantidad, puede asegurarse una próspera campaña.

Ya manifestábamos tácitamente en el artículo anterior que no nos inspiraba gran confianza el titulillo de una zarzuela estrenada á la sazón recientemente en Los BUFOS MADRILEÑOS que como es sabido da acogida á bromas de su-

bido color. En efecto, *Un cuadro, un melonar y dos bodas* obtuvo un éxito desventurado y solo consiguió la efímera existencia de una noche. No lo extrañamos porque el género caricaturesco es de suyo peligroso y ocasionado á caídas. El público español, aunque algo viciado por desgracia, no tiene todavía el paladar tan estragado que no sepa distinguir los buenos y los malos sabores. Pensar que siempre por la exageracion y la farsa se promueve la risa, señal del éxito, es un sistema que origina solemnes desengaños.

Ahora se ensaya, al decir de los periódicos, una nueva obra titulada *El motin de las estrellas*, á propósito del fenómeno luminoso de las estrellas fugaces ocurrido en la noche del trece al catorce de este mes. Solo sabemos de ella que en la misma figuran el sol, la luna, la osa mayor, la menor, etc., etc. Desde luego se comprende que este espectáculo será un espectáculo celestial. Buena fortuna le acompañe.

El punto á que hemos llegado en nuestra crónica nos impide hacer una excursion mental al régio coliseo en el cual apenas nos hemos ocupado este año por no dejarnos espacio la literatura dramática. Reservamos, pues, para mejor ocasion el hablar de las funciones líricas. Entonces serán objeto de nuestras conversaciones obras como *Poliuto*, *Lucrezia*, *La Favorita*, *Norma*, ó las que á la sazón se canten.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Dos cuellos de forma Richelieu ostenta hoy nuestro grabado de Labores, y ambos por su grande utilidad, creemos serán en breve reproducidos por nuestras lectoras.

El uno va sencillamente adornado de puntilla *Frivolité y crochet*, y flor de lo mismo en el rincon, y el otro bordado de nuditos y guarnecido de trencilla *Mignardise*. Uno y otro pueden ejecutarse en blanco, ó en negro para luto, reemplazando la muselina por crespon, y el algodón y trencilla blancas por la seda negra.

Principiaremos por el señalado con el núm. 1, que es el terminado por frivolidé, el cual se corta de la figura del patron, en muselina, haciéndole á la orilla una estrecha cenefa de eslabones de feston, destinados á recortar el borde sin peligro. Despues se pasa á ejecutar la puntilla de frivolidé, haciendo una hoja de 10 puntos; otra de 20 y otra de 10, reuniendo las tres en un grupo, para formar esa hoja triple, que constituye el principal adorno de la puntilla: para lograr el ancho de ésta es necesario una segunda vuelta, que muestra mas interior el dibujo, y consiste en un feston del mismo frivolidé, tendido de presilla á presilla, de las que cierran la triple hoja: ya solo falta hacer de crochet una vuelta de 10 puntos, de cadeneta, y dos barras sobre cada una de las conchas del último feston, sirviendo esta vuelta postrera para pegar la puntilla al cuello, quedando casi oculta debajo de él. La roseta que ocupa la esquina del cuello, se hace igualmente de tres triples hojas como las del cuello, que reunidas forman una roseta trián-

gular, sujetando los cabos todos en el centro por medio de nuditos que forman un bodoque.

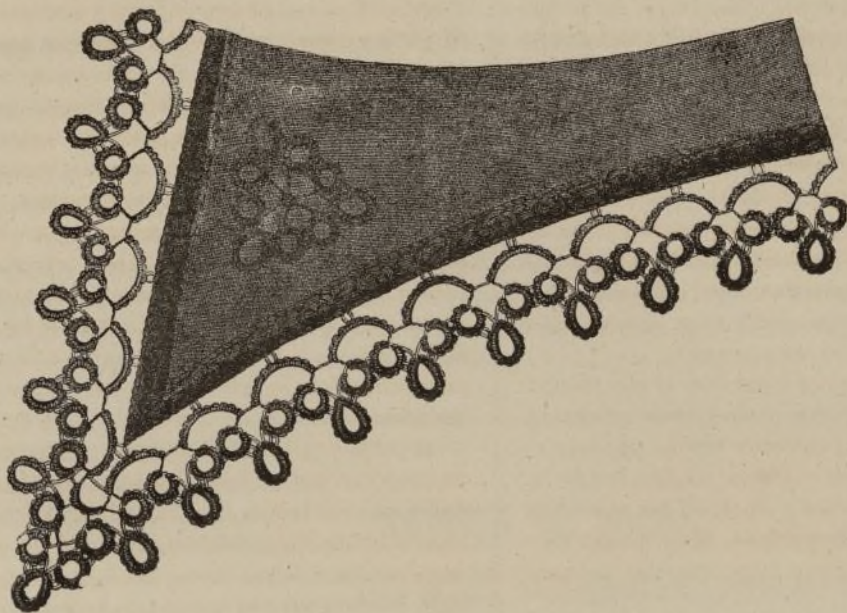
El segundo cuello se corta igualmente en la tela, á la que se le hace un doblez alrededor, y se oculta el cosido de esta por medio de una trencilla que corre todo á lo largo del cuello. Este va ademas sembrado de nudos al minuto, y lleva en el ángulo tres hojas hechas de la misma tela, y que se ejecutan cortando un cuadrito, doblándole en pañuelo de tres puntas, y guarneciendo las dos orillas rectas; uniendo tres de estas hojas por el pié y sujetándolas con una corbata sembrada de nuditos. La puntilla consiste en formar alrededor un feston flojo con trencilla *mignardise*, y con aguja y algodón ir sujetando la trencilla por las anillas, formándole un molinete donde haya espacio, como en las puntas, ó haciendo solo rayos donde no permita el espacio mas: para esto, el procedimiento mas sencillo es colocar el cuello sobre un patron que tenga el dibujo de la puntilla, y sobre éste hilvanar por sus mismos trazos la trencilla, descosiéndolo todo del patron cuando se haya terminado de bordar y calar.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

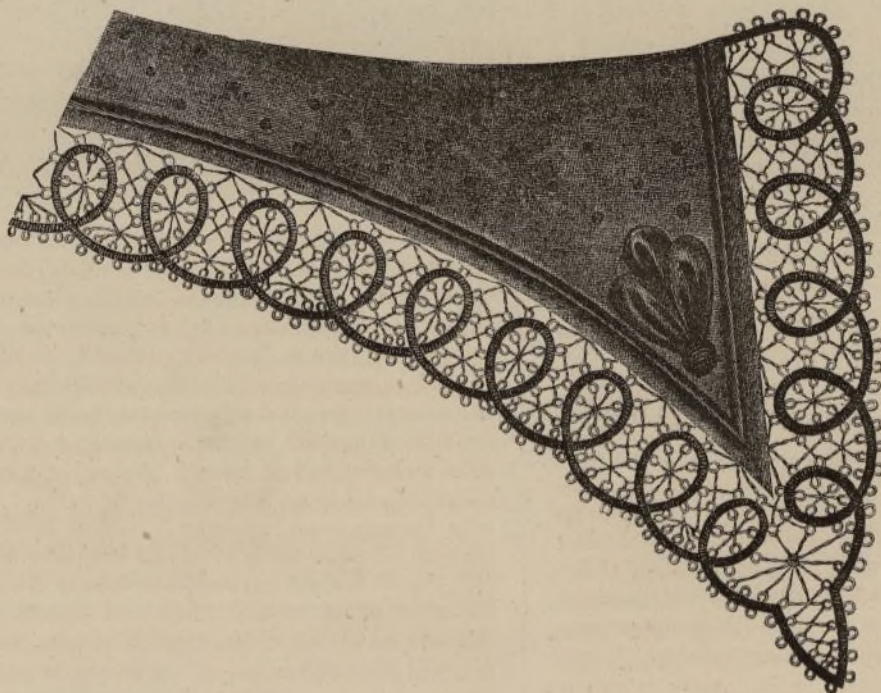
Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.
IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—Olmo, 14.

1



2



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 57.

Núm. 54.